

Exposición del misterio de la Santísima Trinidad

Aunque la *sola razón* demuestra la existencia de Dios, y *ayudada de la Revelación*, logra indagar y confirmar la naturaleza de Dios y sus principales atributos –como que es eterno, simplicísimo, inmutable, omnisciente, todopoderoso–, *sólo la Revelación* puede hablarnos sobre la vida íntima de Dios, y darnos a conocer el misterio de la **Santísima Trinidad**. Para alimentar y esclarecer nuestra fe católica, nada será más útil que brindar aquí una exposición amplia de este misterio central de nuestra fe.

1º La Santísima Trinidad en la Sagrada Escritura.

Una de las notas características de la divina revelación es proceder de manera gradual y progresiva. Por eso, sobre la Santísima Trinidad, Dios quiso dejarnos tan sólo indicios de esta verdad en el Antiguo Testamento, y revelarla expresa y claramente en el Nuevo Testamento.

• **En el Antiguo Testamento**, según la interpretación de la Iglesia y de los Santos Padres, tenemos varios indicios de este misterio, entre ellos los siguientes: – ante todo, el plural utilizado por Dios al crear al hombre: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen. 1 26); – luego, la aparición de Dios a Abraham en el encinar de Mambré bajo la apariencia de tres hombres (Gen. 18 1-2): «Vio a tres –dice el Breviario–, y adoró a uno solo»; – finalmente, el canto de los ángeles, a quienes Isaías ve adorar a la Santísima Trinidad diciendo: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos» (Is. 6 3).

• **En el Nuevo Testamento** se revela clara, expresa y plenamente el misterio trinitario: – en el bautismo de Nuestro Señor, «bautizado Jesús y orando, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre El, y se dejó oír del cielo una voz: “Tú eres mi Hijo amado, en quien pongo mis complacencias”» (Lc. 3 21-22); – en el sermón de la cena, dice Jesús a sus apóstoles: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y en él haremos morada»; y poco después añade: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn. 14 23, 26); – finalmente, en la fórmula del sacramento del bautismo, dada por el mismo Cristo a sus discípulos, aparece con toda claridad y distinción la revelación del misterio trinitario: «Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28 19).

2º La Santísima Trinidad en el Magisterio.

El Concilio de Florencia, en la profesión de fe propuesta a los Jacobitas griegos en 1441, enunció magistralmente este misterio, con las siguientes palabras:

«La sacrosanta Iglesia Romana, fundada por la palabra del Señor y Salvador nuestro, firmemente cree, profesa y predica a un solo verdadero Dios omnipotente, inmutable y eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, uno en esencia y trino en personas. — El Padre es ingénito, el Hijo es engendrado del Padre, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. — El Padre no es el Hijo o el Espíritu Santo; el Hijo no es el Padre o el Espíritu Santo; el Espíritu Santo no es el Padre o el Hijo; sino que el Padre es solamente Padre, y el Hijo solamente Hijo, y el Espíritu Santo solamente Espíritu Santo. — Sólo el Padre engendró de su sustancia al Hijo, sólo el Hijo fue engendrado del Padre solo, y sólo el Espíritu Santo procede juntamente del Padre y del Hijo. — Estas tres personas son un solo Dios, y no tres dioses; porque las tres tienen una sola sustancia, una sola esencia, una sola naturaleza, una sola divinidad, una sola inmensidad, una sola eternidad. — Por razón de esta unidad, el Padre está todo en el Hijo, todo en el Espíritu Santo; el Hijo está todo en el Padre, todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el Padre, todo en el Hijo. — Ninguno precede a otro en eternidad, o le excede en grandeza, o le sobrepuja en potestad. Eterno, en efecto, y sin comienzo es que el Hijo exista del Padre; y eterno y sin comienzo es que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo. — El Padre, cuanto es o tiene, no lo tiene de otro, sino de Sí mismo; y es principio sin principio. El Hijo, cuanto es o tiene, lo tiene del Padre, y es principio de principio. El Espíritu Santo, cuanto es o tiene, lo tiene juntamente del Padre y del Hijo. Mas el Padre y el Hijo no son dos principios del Espíritu Santo, sino un solo principio; como el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo no son tres principios de la creación, sino un solo principio.»

Esta es la fe de la Iglesia, obtenida por divina revelación. A partir de estos datos sagrados, que la Iglesia custodia y proclama fidelísimamente a través de los siglos, la teología enuncia una serie de precisiones que permiten exponer con orden y claridad el misterio trinitario. Vamos a verlas.

3º La vida de Dios «ad intra», dentro de su esencia.

Penetremos, con la luz de la divina revelación, en el santuario de la vida íntima de Dios. ¿Qué nos dice la fe, qué vemos en Dios?

1º Ante todo, que en una misma **unidad de naturaleza**, hay en Dios **tres personas distintas**: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

2º Esta distinción de personas resulta de los actos misteriosos que se dan en la vida íntima de Dios, y de las relaciones mutuas que de ellas se siguen. Estos actos son al número de dos: **entender** o conocer, y **querer** o amar.

3º **Conocer**. Desde toda la eternidad, **el Padre** se conoce y contempla a Sí mismo; y en esta contemplación de su misma esencia y bondad, expresa todo cuanto conoce en una sola Palabra, en una sola Idea, que dice todo cuanto El tiene y todo cuanto El es. Al pronunciar esta Palabra, Dios Padre le entrega su propia

naturaleza divina, sus propias perfecciones, sin reservarse absolutamente nada, salvo la condición misma de ser Padre. Esta Palabra es *el Verbo*, así llamado por cuanto procede por vía de conocimiento, y *el Hijo*, así llamado por cuanto esta procesión tiene razón de verdadera generación. El Hijo es, pues, igual en todo al Padre, la imagen perfecta y la irradiación fidelísima del Padre, que juntamente con El posee una misma y única naturaleza divina.

4º *Amar*. El Padre y el Hijo se dan el uno al otro con un amor perfecto, y de esta donación de amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre procede, de manera misteriosa, *el Espíritu Santo*, tercera persona divina. El Espíritu Santo termina el ciclo de las operaciones íntimas en Dios, es el término final de las comunicaciones divinas en la adorable Trinidad.

5º Esta distinción de personas hace que cada una de ellas, sin desmedro de la unidad de esencia, posea *propiedades* personales.

- *El Padre no procede de nadie: es el Principio sin principio: – Principio, por engendrar a la segunda persona; – sin principio, por ser El el origen primero de todas las inefables comunicaciones en la Trinidad. Por eso, «ser ingénito, ser Padre, engendrar», es su propiedad personal.*
- *El Verbo procede sólo del Padre por vía de conocimiento; «ser engendrado, ser Hijo», es la propiedad exclusiva de la segunda persona.*
- *El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un común principio, y ello no por generación, sino por procesión de amor, a la que llamamos «inspiración». «Proceder del Padre y del Hijo, ser espirado», tal es la propiedad exclusiva de la tercera persona.*

6º Aparte de estas propiedades y relaciones, todo es común a las tres personas, de modo que no puede darse entre ellas superioridad ni inferioridad ninguna: *las tres son iguales* en poder, sabiduría y bondad, porque las tres poseen igualmente, de manera indivisible, la misma y única naturaleza divina con todas sus infinitas perfecciones: una misma inteligencia, una misma voluntad, una misma majestad, un mismo poder, una misma eternidad.

Sin embargo, aunque no haya en ellas desigualdad ni dependencia, hay entre ellas un orden de naturaleza, de origen, que señala las comunicaciones mismas existentes en la esencia divina. La «procesión» del Hijo presupone, sin que haya anterioridad de tiempo, al Padre, principio primero; la «procesión» del Espíritu Santo presupone al Padre y al Hijo, de quienes es el don mutuo.

4º Las obras de Dios «ad extra», fuera de su esencia.

Todas las demás operaciones que se dan fuera de Dios, esto es, fuera de la vida trinitaria, como la creación, la gobernación, la producción de la gracia en las almas, son absolutamente comunes a las tres divinas personas, de manera que ninguna hace nada sin las otras dos. Pero como Dios quiere que los hombres reconozcan y adoren, no sólo la unidad divina, sino también la Trinidad de personas,

la misma Revelación atribuye a cada persona divina una determinada obra, que, aunque sea común a las tres personas, tiene una relación especial o una íntima afinidad con el lugar que tal persona ocupa en la Santísima Trinidad, y con las propiedades que le son particulares y exclusivas. Es la **doctrina de la apropiación**.

• *De este modo, dado que el Padre es LA FUENTE, EL ORIGEN Y EL PRINCIPIO de las otras dos personas, se le atribuyen las obras en que se manifiesta sobre todo el carácter de origen, como la Creación, por la que Dios ha producido el universo a partir de la nada. Por eso rezamos en el Credo: «Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra».*

• *Lo mismo sucede con la persona del Hijo. Puesto que el Hijo es engendrado por el Padre por vía de entendimiento, resulta ser El LA SABIDURÍA en la Trinidad, y por eso se le atribuyen aquellas obras en que brilla particularmente la sabiduría de Dios, como la Redención, por la que Dios encuentra el modo de armonizar las exigencias de su justicia con las de su misericordia.*

• *Finalmente, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por vía de amor, siendo ese mismo AMOR en Dios, y el término de las operaciones divinas dentro de la divina esencia; por eso se le atribuyen aquellas obras en que se manifiesta especialmente el amor, o que suponen un acabamiento o perfeccionamiento último, sobre todo la obra de la Santificación de las almas, realizada por El a través de la Iglesia y de los dones.*

Toda nuestra vida y bienaventuranza en la eternidad consistirá en contemplar y amar a Dios, gozándolo tal como es, es decir, en la unidad de su naturaleza y en la Trinidad de sus personas. Por eso no es de extrañar que Dios, que nos predestina a esta vida y nos prepara esta bienaventuranza, quiera que ya desde ahora nos acordemos de sus perfecciones divinas, tanto las de su naturaleza como las propiedades que distinguen a las personas.

Conclusión.

Este es el lenguaje de la Revelación, sin la cual nunca hubiésemos podido llegar al conocimiento de estas verdades. Pero Cristo quiso manifestárnoslas, para ejercitar nuestra fe y para alegría de nuestras almas. Cuando, en la eternidad, contemplemos a Dios, veremos que es esencial a la vida infinita, y que es natural al Ser divino, ser uno en tres personas. «*El verdadero Dios que hemos de conocer para tener la vida eterna*» (Jn. 17 3) es aquel cuya Trinidad de personas adoramos en la unidad de naturaleza.

Venid y adoremos esta maravillosa sociedad en la unidad, esta admirable igualdad de perfección en la distinción de las personas. Oh Dios, «Padre de inmensa majestad», yo os adoro. También «adoro a vuestro verdadero y único Hijo», Dios como Vos. Oh Padre, oh Hijo, adoro a vuestro eterno lazo de amor, «el Espíritu Santo Paráclito». Beatísima y Santísima Trinidad, yo os adoro.